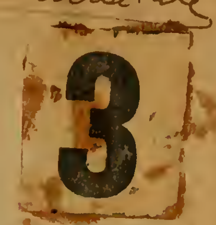


RAFAEL ALVAREZ



# DE REGRESO A LA VIDA

COMEDIA

en un acto y en prosa, original





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

Al aplaudido primer actor
y director don Luis Echaide
de

R. Alvarez

DE REGRESO A LA VIDA

# DE REGRESO Á LA VIDA

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

RAFAEL ALVAREZ

---

Estrenado en el TEATRO SALÓN REGIO el 16 de Febrero de 1909



MADRID

R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

*Teléfono número 551*

1909

*A mi muy querido amigo, el eminente literato é inspirado poeta*

**D. Javier Lasso de la Vega y Cortezo**

*como tributo de admiración y testimonio de afectuosa amistad.*

*Rafael Alvarez.*

*Madrid 16-2-909.*

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
| --- | --- |
| SOR ÁNGELA | SRTA. RODRÍGUEZ. |
| HERMANA MARÍA | SRA. MOLINS. |
| DOLORES | TORRES. |
| GERTRUDIS | SRTA. JIMÉNEZ. |
| ALFREDO | SR. PORREDÓN. |
| PASCUAL | AGUADO. |
| EL CAPITÁN | MARCHANTE. |
| MANUEL | INFIESTA. |
| POLI | MONTENEGRO. |
| CONTRAMAESTRE | JIMÉNEZ. |
| UN MARINERO | VENTOSA. |

**La acción en alta mar.—Época actual**

Derecha é izquierda, las del actor

Las religiosas visten hábito blanco, correa negra y manto negro corto.



# ACTO UNICO

Toldilla de un gran buque mercante. Cerrando el fondo la borda. Al foro, alta mar, línea de horizonte, celajes. En el centro, escotilla. Los términos libres figurando: los de la derecha, la parte posterior del buque; los de la izquierda, continuación hacia proa. En el segundo término de este lado un mastelero de grandes dimensiones, en su parte más baja. No hay que olvidar lo que la escena representa. Hamacas de tijera, asientos portátiles de tres piés, etcétera, etc. Es por la tarde.

Al levantarse el telón aparecen: Dolores sentada hacia la derecha, de cara al público, en una hamaca: Manuel paseando cerca de Dolores; Pascual en asiento de tres piés, hacia izquierda leyendo un periódico y bebiendo á sorbos una copa grandecita de Cazalla rico que tendrá en el suelo. Gertrudis y Poli al fondo izquierda, mirando hacia el mar.

## ESCENA PRIMERA

DOLORES, GERTRUDIS, MANUEL, PASCUAL y POLI

POLI (Meloso.) ¡Ay, Gertrudis, qué ganitas tengo de llegar á España!

GER. (Con marcadísimo acento americano y dulzón.) ¿De veras, Poli mío?

POLI Para que prosiga en tierra sin vaivenes incómodos nuestra luna de miel.

GER. Qué dicha, chachito...

PAS. (Aparte, molesto.) Y yo oyendo esto hace cerca de un mes.

POLI Quisiera ser gaviota para trasportarte en un vuelo.

GER. Y yo desearía que el buque se transformara en un hermoso bosque de cocoteros, ¿sabe...? para pasear á solas contigo por el bosque.

PAS. (Aparte.) Valiente par de angelitos. (Bebe un sorbo de la copa.)

POLI Monina mía...

GER. Monininininimo mío...

DOL. (Aparte.) ¡Está bueno el barquito!

MAN. (A Dolores.) ¿Te sientes mejor, Lola?

DOL. A Dios gracias, Manolo.

MAN. Parece que tienes mala cara...

DOL. De coraje. Ese piloto es un cínico, fíjate dónde está, mirando como siempre hacia el sitio por donde acostumbra á subir á cubierta sor Angela.

MAN. Poco tiempo le queda ya para mirarla. Mañana llegaremos á España, él seguirá en su barco, ella ingresará en su convento, y si te he visto no me acuerdo.

DOL. A pesar de eso cada día me preocupa más el modo insinuante de mirar de ese mequetrefe á Sor Angela. Es preciso que se lo adviertas al capitán. Míralo, tragándose la escalerilla con los ojos.

PAS. (Aparte.) ¿Pues y esta otra pareja de... esbirros...?

MAN. Hasta ahora don Alfredo no ha hecho otra cosa que mirarla disimuladamente.

DOL. ¡Es que si se hubiera atrevido á más...! Que mire al mar para que no embarranquemos. Esa es su obligación.

MAN. En efecto.

DOL. Está frenéticamente enamorado de ella, no hay más que mirarle. A todas horas temo un percance serio. Sor Angela posee un espíritu demasiado... mundano. Por ser como es ha pasado año y medio castigada en un convento de América. Ya lo sabes. (Pascual ameniza «ésto» con gestos de indignación algo cómica, ¿eh?)

MAN. Aquí, para escaparse tendría que tirarse al mar.

DOL. El barco es muy grande y quién nos asegura que la hermana María no puede descuidarse y... En fin, es preciso, urge, apremia, Manolo, que expongas mis temores al capitán.

MAN. Lo haré como deseas, no te disgustes. (Hablan bajo.)

PAS. (Aparte.) Estos son los que no piensan mal de nadie... Los... santos...

GER. (A Poli.) Porque eres muy guapo, ¿sabes?

POLI ¡Plátano en sazón!

GER. ¡Encantito!

POLI Si para conseguir tu mano hubiera tenido que atravesar el mar á pié, lo hago, ¡hechizo mío!

GER. ¡Chatín!

POLI Me causas más vértigos, que el líquido elemento cuando se encrespa.

PAS. (Vivo.) ¡Oigan ustedes, candorosos pichones!... ¡Eh, tortolitos, sin pizca de... plumaje!... ¡Los de los vértigos!...

POLI ¿Es á nosotros, doctor?

PAS. ¿Ustedes se han propuesto morir antes de terminar el viaje?

GER. Estamos oxigenándonos, doctor amigo, para estimular el apetito.

PAS. Acompáñela usted al camarote y vuelva á subir en seguida.

GER. ¡Qué martirio de prescripción facultativa! No sea usted cruel, doctorcito, ¿sabe...?

PAS. Sé que es preciso obedecer, joven.

POLI Ya lo oyes, chatita...

GER. Sea. Me quedaré abajo sola, mirando las musarañas... un ratito... Pero no tardes, riquín.

POLI ¡Ah! Don Pascual, queremos que nos refiera usted la historieta que contó en la mesa esta mañana. Nosotros no estábamos.

PAS. Luego.

DOL. (Vivo.) Pero delante de mí no será.

POLI ¿Por qué, señora?

DOL. ¡Porque aun tengo las orejas coloradas!

POLI ¡Ja, ja! ¡Delicioso! ¿Vamos, chachita?... Y acuérdese, doctor, sus cuentos me gustan

mucho más que sus prescripciones facultativas. (Mutis izquierda con Gertrudis.)

PAS. Llámele usted tonto ahora.

DOL. Yo les llamaría otra cosa á los dos.

## ESCENA II

DICHOS, menos GERTRUDIS y POLI. El CONTRAMAESTRE y un MARINERO por la izquierda

MAN. Amigo doctor, es usted el diablo.

DOL. (Vivo) Ver venir á don Poli y marcharnos de aquí, todo es lo mismo.

MAN. Como te plazca.

CONT. (Por la izquierda con un marinero, el cual lleva en la mano una bandera española doblada.) Vamos, aprisa. Iza á popa esa bandera y aguarda á que yo te avise pa saludar. Tres veces, ¿eh? sin parar y dejándola izada hasta que pasen.

MAR. ¿De verdá es española esa escuadra?

CONT. ¿No has escuchao á don Alfredo?

MAR. Pué equivocarse.

CONT. Don Alfredo es el hombre de más ojo marino que va á bordo, después del Capitán. Y sobre to, fíjate en esos barcos. Pué que no tengan cañones de tanto alcance como otros pero tipo... Míalos como navegan... gaviotas paecen...

MAR. Como usté no ve más que por los ojos de don Alfredo...

CONT. (Vivo, seco.) ¡Eh, tú! ¡Más callao que el silencio! Iza y no entres ande no te llaman. Hablas mal otra vez del piloto ese y t'agarro del fondo el pantalón y vas de cabeza al agua.

MAR. (Temeroso.) Señor Pepe...

CONT. (Imperativo.) ¡A lo tuyo!

MAR. Está bien. (Mutis por la derecha)

MAN. Oiga, marinero.

CONT. Contramaestre soy, señor.

MAN. Aquellos bultos oscuros, ¿son barcos españoles?

CONT. De guerra. Antes de diez minutos los verá usté pasar por estribor.

DOL. (A Manuel.) Pregúntale por el capitán.

MAN ¿Sabe usted si el señor capitán está recogido?

CONT. No puedo decirle á usté.

MAN. ¿Me permite ofrecerle un puro, amigo contramaestre?

CONT. No fumo más que la pipa.

PAS. (Aparte.) Pepe le dice una atrocidad á este tío.

MAN. Yo tengo picadura habana para llenarla.

CONT. Y yo también. (Mirando derecha.) ¿Acabas, tú? (A Manuel.) Pero ahora no fumo.

PAS. (Interviniendo.) ¿Tardará mucho en relevar don Alfredo, Pepe?

CONT. De que pase la escuadra.

MAN. Aseguran que es buen marino ese joven.

CONT. Pocos nacerán de madre que lo sean tanto.

MAN. ¿Le quiere mucho el capitán, verdad?

CONT. Como á un hijo. (Mirando derecha.) ¿Está? Pues alerta, ¿eh?

DOL. Diga usted, Contramaestre, ¿sería cosa fácil conseguir permiso para subir al puente con objeto de contemplar el mar? (Aparte.) Así sabré si el piloto ve á sor Angela desde el puente.

CONT. Está prohibido subir á todo el mundo.

PAS. Esto es peor que un convento, doña Dolores...

CONT. Que más quisián los que viven en los conventos, don Pascual... Siquiá podrían hablar á Dios con algún motivo y convencerse de que debe ser mu grande su poder cuando gobierna el charco. Pué que si preguntamos á la monjita esa que viene con los señores, diga que está aquí mejor que en las casas de monjas. Siquia respira y hay luz. (Mirando izquierda ) ¿Eh? En seguía, mi primero. (Mira derecha.) Alerta tú. Buenas tardes. (Mutis izquierda.)

## ESCENA III

DOLORES, PASCUAL y MANUEL

DOL. Estos marineruchos son todos unos herejotes.

PAS. ¡Je... je..! No lo crea usted.

MAN. Son gente brusca, pero buena en el fondo.

PAS. Eso sí. Con lo que no estoy conforme es con que doña Dolores les llame herejes.

DOL. Bien clara ha sido la protesta de fe que acaba de hacer aquí el señor... Contramaestre... Quisiera saber cuándo y cómo reza esta gente.

MAN. A sus horas, mujer, como cada cual.

PAS. Sí que rezan, y de tal modo, que difícilmente hallaríamos en tierra quien fuera más fervoroso que ellos.

DOL. Pues lo disimulan mucho.

PAS. Sus oraciones no están escritas en libros de rezo, ni numeradas en cuentas de rosario, ni las hacen á hora fija.

DOL. A ninguna hora debiera usted decir. En el tiempo que llevo á bordo no he visto rezar á nadie.

PAS. Porque lo hacen sin decir al vecino que van á rogar á Dios. La primera vez que vi rezar á un marinero me conmoví hasta el extremo de rezar con él. ¡Yo...! Entonces adquirí la convicción de que esas oraciones deben escucharse allá arriba con más gusto que otras... reglamentadas, y poco sinceras, que hacen ciertas gentes.

MAN. Usted siempre con lo mismo.

DOL. Lo que dice te demuestra que don Pascual no ha rezado nunca en ninguna parte.

PAS. Poco he rezado, y prefiero que sea así á rezar á diario como la mayoría de los mortales. Se congregan llenos de galas y joyas en determinado lugar, y allí, en alta voz, repitiendo todos una misma palabra, que acompañan de un gesto místico-bufo, pasan el

rato queriendo engañarse unos á otros, y haciendo un ruido semejante al que hacen las abejas alrededor de las colmenas, que por todo puede tomarse menos por rezo.

DOL. (Irónica, molesta.) Desearía saber, si es posible, y para ir aprendiendo, cómo invocan á Dios estos hombres.

PAS. El rezo del marino tiene alguna semejanza con la furia del mar, que también es rezo. Nace en lo más profundo del sér, sale espontáneo á la superficie de sus labios, y en fervoroso oleaje de ruegos y súplicas sinceras, busca el cielo y llega á él, como las olas encrespadas llegan á las nubes, ayudándose mutuamente para besar los pies al Creador. ¡Elevando su alma á Dios, sin ritos ni liturgias, sin esperar á que un místico apuntador diga palabras que no entiende ni siente quizá, para que el coro de fieles indiferentes las repita! El rezo del marino es digno de Dios, por eso es hermoso; por eso tal vez á los que no lo entienden les parezca una herejía.

DOL. ¡Herejías, y gordas, las que está usted diciendo ahora mismo!

MAN. Hay que convenir, amigo don Pascual, en que ustedes los médicos son poco creyentes.

PAS. Según á lo que usted llame creencias.

MAN. Hombre, usted, por ejemplo, no cree que un enfermo pueda sanar milagrosamente.

PAS. Tal vez.

DOL. (Irónica.) Están muy aferrados á la carne.

PAS. Lo que creo es que á mis enfermos yo los curo ó yo los mato.

DOL. (Idem.) Todo lo fían á la ciencia.

MAN. La ciencia es muy útil á los médicos.

PAS. Como que sin ella no lo seríamos. La carne, como dice doña Dolores, ó el cuerpo humano abierto sobre la mesa de disección, como yo digo, es el mejor libro escrito hasta la fecha contra determinados milagros. Pero... es preciso saber leer en él.

DOL. (Molesta.) De modo que los santos según usted...

PAS. Los santos, sin saberlo quizá, me han quitado muchos éxitos profesionales. Según el cliente, el enfermo que sana lo debe á san Coconito... por ejemplo. Pero se muere el enfermo rodeado de imágenes iluminadas con lamparillas de aceite, que encendieron la fe de sus deudos y amigos, y entonces el médico lo mató. ¡Claro!... un zoquete, un ignorante.. un estúpido...

DOL. (Más molesta.) ¡Usted cae en los infiernos con zapatos y todo!

MAN. Qué ha de caer, mujer, si ahí donde lo ves es un bendito.

DOL. ¡De estos benditos me libre Dios!

PAS. Si me condenara, tendría la culpa algún cliente de esos que á todas horas mortifican al médico con las reliquias milagrosas, y cuando se ven con el pie en el hoyo no creen ni en la reliquia ni en los santos. Pero pierda usted cuidado, no me condeno. Contra los setenta mil vicios de los pacientes de esa índole he inventado una sola virtud que me da los grandes resultados.

DOL. Tal será ella.

PAS. Juzgue usted. En cierta ocasión tuve una enferma gravísima á la cual estaba convencido de salvar. Aquel era para mí un caso de amor propio de médico, porque tenía que enmendar la labor de un compañero eminente. La buena señora se rodeó de uñitas de santo, de espinitas de no se quién, de trocitos de túnica, de estampitas... qué sé yo.. ; y no entraba una vez en su alcoba que no me la encontrara exponiendo sus cuitas á los allegados al Señor. Una tarde, encontrándose muy mal, me dijo que le iban á llevar, para extenderlo sobre su cama, el manto de san... Bueno, uno. Le dije que me parecía bien, y al salir planteé al marido el siguiente dilema: «O los santos ó yo.»

DOL. ¡¡Don Pascual!!

PAS. Así, por lo sano.

DOL. La elección no era dudosa.

PAS. (Riendo.) Los santos.

MAN. ¡Claro!

PAS. Turbio, amigo mío. Aquello sí que fué como mano de santo. La enferma hizo lo que yo mandaba, y antes del mes lucía otra vez por los paseos su espléndida figura. Hubiera tenido muy poca gracia que un respetabilísimo santito me hubiera ~~robado~~ restado aquel éxito.

DOL. No sería muy buena creyente aquella señora.

PAS. Mucho, y desde entonces lo es más. Ya no le reza más que á Dios.

DOL. (Tan nerviosa que casi no puede hablar de ira.) ¡Muy... muy bonito, doctor!

MAN. La tiene usted tomada con los santos.

PAS. (Vivo.) No, ca, ellos conmigo. ¡Y á eso, francamente, no hay derecho!

DOL. (Frenética.) ¡¡Horror!!... ¡¡Herejía!!. ¡Mira, Manuel, vámonos!...

MAN. (Suplicante.) ¡Hombre, don Pascual!...

DOL. ¡No sé cómo Dios permite que haya sobre la tierra seres como usted!

PAS. Vivo sobre el mar, señora...

DOL. (Interrumpiendo.) ¡Debía usted vivir debajo del mar como los salmonetes!...

PAS. Vivo sobre el mar.. porque en tierra me da miedo la gente que aparenta creer en Dios, y aquí puedo á mi gusto admirar la clemencia de Dios, consintiendo la vida de esas gentes.

DOL. (En el paroxismo de la hidrofobia.) ¡¡¡Manuel, á la calle ahora mismo!!!

MAN. (Alarmado.) ¡Imposible, hija mía, estamos aún á bordo!

DOL. ¡Pues al camarote!

DOL. ¡Milagro si no nos hundimos hoy!

PAS. ¡Qué nos hemos de hundir, doña Dolores!...

DOL. ¡Quítese de mi vista!

MAN. Sosiégate, hija mía.

DOL. Dame algo de beber... Eter... azahar... Me he afectado mucho...

PAS. (Aparte.) Petróleo te daría yo. (Alto, dándole la copa de aguardiente.) Tome usted azahar.

DOL. Esa bebida es del infierno.

MAN. No temas, bébela, bébela en seguida.

PAS. Beba usted sin miedo.

DOL. (Después de beber.) ¡Esto sabe á aguardiente!

PAS. (Riendo.) Porque es de Cazalla el azahar ese... Pero tonifica, entona, ¿es verdad?

DOL. (Seco.) Sí, gracias.

MAN. Mira qué barcos, tan hermosos. (Señala izquierda.)

PAS. Sí... Muy hermosos...

DOL. ¿Va usted á emprenderla ahora con los barcos?

PAS. ¿Yo?... No señora...

MAN. (A Dolores por Pascual.) A mí me hace reir mucho.

DOL. ¡Tú eres un memo! (Cara de asombro en Manuel.)

PAS. Dejo á ustedes. Veo á Sor Angela sobre cubierta, y voy á saber como sigue.

MAN. ¿No está mejor todavía?...

DOL. ¿Pero qué tiene Sor Angela, doctor?

PAS. El corazón enfermo, señora. ¿No le ve usted la cara?

MAN. Efecto del viaje.

DOL. Suerte que mañana ya no estaremos aquí. También yo tengo mal color, (A Manuel.) ¿verdad?

PAS. Está enferma, y el sitio á donde llevan ustedes á esa niña, no es á propósito más que para morirse. (Mutis izquierda.)

## ESCENA IV

DOLORES y MANUEL. A poco POLI por la izquierda

DOL. ¿Has oido Manuel, has oido á ese escorpión?

MAN. A veces no quisiera oir tanto.

DOL. Ya ves como no debemos fiarnos de la Hermana María, ni del doctor, de éste sobre todo. Con el pretexto de que aspire aire puro, tiene á Sor Angela sobre cubierta á todas horas, dando lugar á comentarios poco agradables para nosotros. Las religiosas de-

ben estar ocultas á los ojos de las gentes, aun yendo de viaje.

MAN. Considera, Dolores... (Pasa por el fondo, lejos, una flota de guerra.)

DOL. Te digo que no debemos fiarnos de nadie.

MAN. Lo que no debíamos era habernos hecho cargo de esas dos personas durante el viaje. Es una comisión muy expuesta, por todos conceptos.

DOL. Comisión que yo desempeño muy á gusto, y... tú también... ¿Verdad, Manolo?

MAN. Sí... por complacerte.. (Hablan bajo)

POLI (Por la izquierda, provisto de lentes enfundados y maquinilla fotográfica á la mano.) Ya tengo siete placas. Nadie lo diría... En alta mar... y tan pronto y tan magníficas. (Disimula enfocando izquierda.)

DOL. Esto puede valernos mucho, sin costarnos nada. Desde el instante que Sor Angela llegue al convento, podemos disponer á nuestro antojo de la influencia de la superiora, que es mucha y muy grande en España. El Cardenal La Torre, hace cuanto ella quiere. El Cardenal La Torre, se sienta en el Senado y tiene grandes amistades. Cosa que el bendito señor pida es concedida en el acto. Figúrate si ahora desaprovecharé la ocasión de hacerte representante en Madrid de la Compañía naviera de que soy accionista. El padre Benedicto, asegura, que si sabes hacer bien las cosas, sacaríamos una buena subvención del Estado para la Compañía. Ya ves, Manuel; todo esto depende del modo de vigilar á Sor Angela, y sospecho que nos hemos descuidado mucho.

MAN. Rectificamos nuestra conducta, aunque falte poco para llegar.

DOL. Ahí tienes al Capitán con don Alfredo. Quéjate. Que reprenda á ese hombre. Lo que el doctor acaba de decirnos, me ha puesto sobre ascuas. Esa niña puede destruir mi plan en un segundo. Quéjate al Capitán. Levanta aunque sea un falso testimonio al piloto... Lo interesante es vencer, Manolo.

MAN. Lo haré como deseas, pero ahora no es ocasión. Estan los dos juntos... Antes de bajar á la mesa, te aseguro que queda todo hecho.

DOL. (Porque ve acercarse á Poli.) ¡Sts!... (Alto.) ¿Ha dejado sola á doña Gertrudis?

POLI Me acordé de que tenía que traer á usted las postales que le hice el otro día. Mírelas usted, se le parecen mucho!

DOL. ¡Pero don Poli!... Esto es el retrato de una pantera!

POLI No señora, de usted. Esa es su cara, su cuerpo, su.. Toda usted enterita... A don Manuel en su huida no le pude coger más que una bota... ¿Ve usted?

MAN. Amigo mío, esto es muy feo.

POLI Un pie, así, al desgaire, y pie de hombre por añadidura, es siempre poco bello en cualquier lugar.

DOL. Es que yo estoy feroz, don Policarpo.

POLI ¡Oh! Por algo aconsejo siempre á las señoras, que no se enfaden, y si se enfadan, que sonrían, que sonrían mucho, para evitar que puedan trocarse en duras, las delicadas líneas de sus rostros. Una señora descompuesta es horrible.

DOL. (Irónica.) Su... Gertrudis, ¿no se enfada nunca?

POLI Y me pellizca furiosa, pero sonriendo. Ahora, que como conozco su flaco, esos estados anormales, duran muy poco. ¿Le satisfacen las postales?...

DOL. Tanto, que ahora mismo voy á guardarlas.

POLI Muchas gracias.

DOL. (A Manuel.) Tú aquí, á lo del Capitán.

MAN. (A Dolores.) Comprendido.

DOL. Hasta después. (Rompe las postales sin verlo Poli, las tira por la borda y mutis fondo izquierda.)

MAN. Permítame usted los lentes.

POLI ¿Va usted á mirar la escuadra?

MAN. Sí, señor.

POLI Desde allí (Derecha.) se domina mejor; véalo usted. Yo entretanto tomaré una instantánea, de aquellas gaviotas que se posan sobre el agua. ¡Quietas! (Enfocando fondo derecha.) ¡Quietas, un minuto!... Quietecitas... (Mutis. Manuel por la segunda derecha, riendo.)

## ESCENA V

ALFREDO y el CAPITAN, izquierda. GERTRUDIS, idem

CAP. (Por la izquierda del brazo de Alfredo.) ¿Por cuánto tiempo vas á pedir esa licencia?

ALF. No puedo precisarlo ahora. Mañana antes de llegar, se lo diré, don Mariano.

CAP. ¿Quieres que te diga una cosa?

ALF. Diga usted, Capitán.

CAP. Que tu conducta desde hace algunos dias, me parece sospechosa.

ALF. ¿En qué sentido, don Mariano?

CAP. Tal vez te lo diré muy pronto.

ALF. ¿He faltado en algo á bordo?

CAP. ¡Dios te libre!

ALF. Entonces...

GER. (Apareciendo por la izquierda.) Ahí están. Si yo me atreviera...

CAP No tengas impaciencia porque te lo diga. El tiempo es largo y da gusto a todos.

ALF. Para ese plazo, quizás haya yo dicho á mi Capitán bastante más de lo que él puede suponer; entonces... dado... lo extraño... de mi conducta... hoy...

CAP ¿Reticencias?

ALF. Pero inocentes... don Mariano...

GER. (Aparte.) Son tan bruscos estos señores...

CAP. ¿Tienes secretos para mí?

ALF. Cuando lo que deseo pueda ser secreto para los demás, dejaría de serlo para usted. No sé ser ingrato.

GER. (Aparte.) Me decido. (Alto.) ¿Me permite usted, Capitán?

CAP. ¡Ah, usted! ¿Desea algo, señora.

GER. Dos palabras... Cúbranse, háganme el obsequio... No, no se retire usted, señor piloto... No es reservado, ¿sabe...?

ALF. Mil gracias.

GER. Sor Angela, la monjita que está hablando con el doctor... desearía pasear un ratito por esta parte del buque... ¿sabe? Don Pas

cual quería venir á pedir á usted esta merced... pero yo... me he adelantado... ¿sabe? Viaja en segunda, la pobre... y allí hay un hombre... que se permite libertades de palabra... delante de las señoras...

CAP. (Vivo.) ¿Quién es ese pasajero, señora?

GER. El señor aquél de las barbas rubias.

CAP. (Enérgico á Alfredo.) Inmediatamente. Dé usted órdenes para que ese sujeto vaya en el acto á mi despacho. (Alfredo mutis izquierda.) Y usted, señora, hágame el favor de manifestar á esa señorita religiosa, que la veré con mucho gusto en el lugar que más le agrade del buque.

GER. ¡Oh, gracias, señor, mil gracias! (Mutis izquierda.)

ALF. (Izquierda.) A la orden de usted Capitán.

CAP. Bien, Alfredo. (Pausa: lo mira.) Estás muy pálido.

ALF. De indignación tal vez, contra ese pasajero.

CAP. Ven acá, seme franco. Soy un viejo muy ducho en ciertas lides... Ven acá... ¿Estás enamorado de esa religiosa? (Pausa.)

ALF. Sí... Capitán. (Pausa.)

CAP. ¡Lo siento!...

ALF. ¿Por qué, don Mariano?

CAP. (Transición.) Vé dentro de un rato á verme. Hablaremos de eso. Ahora... vete...

ALF. A la orden de usted... (Mutis izquierda.)

CAP. (Lo ve ir: pausa.) Me quedaré sin él... ¡Paciencia!... (Transición.) Vamos á verle la cara á ese mozo. Le haré saber, de modo que lo recuerde siempre, el respeto que merecen las señoras que viajan en el barco que yo mando. (Mutis.)

## ESCENA VI

SOR ANGELA, la HERMANA MARÍA y GERTRUDIS izquierda

SOR AN. (Por el fondo izquierda, con Gertrudis.) Mil gracias, doña Gertrudis.

GER. Aquí no escuchará usted ciertas insolencias.

SOR AN. Hay seres que gozan hablando mal delante de los religiosos, porque saben que nos mortifican. Dios los perdone. Les tengo verdadera lástima.

H. MAR. (Que apareció siguiendo á Angela, quedando en la segunda izquierda.) Ya.. estará usted contenta...

GER. (Viva.) No le riña, Hermana María...

H. MAR. Si no le riño, hijita. He hecho sencillamente una pregunta... que como puede usted notar, aun no me han contestado.

SOR AN. También á usted debía agradar estar lejos de aquel señor, que ofende á Dios constantemente, por herir nuestros sentimientos religiosos. Además... no he solicitado venir á este sitio... Si el doctor ha hecho mal, dígaselo al doctor, Hermana María.

H. MAR. (Vivo, marcando el mutis derecha.) ¡Vuelvo en seguida!

SOR AN. (Aparte á María, deteniéndola.) ¡No diga usted á don Manuel más que la verdad estricta, Hermana María, la verdad!

H. MAR. Bien, bien; hasta ahora. (Mutis derecha.)

SOR AN. (A Gertrudis, suplicante.) Joven, amiga mía, no vuelva usted á hacer nada en mi favor, se lo suplico.

GER. ¡He hecho algo malo!...

SOR AN. Así lo considera alguien. Usted no tiene necesidad de captarse enemistades, que algún día pudieran turbar la felicidad de su vida.

GER. A mí nadie me importa, ¿sabe?

SOR AN. Déjeme ahora. Me está prohibido hablar con todo el mundo, á excepción hecha de esa religiosa que me acompaña.

GER. No comprendo lo que á usted le pasa, pero si algo desea de mí, llámeme. Mi Poli y yo no tememos á nadie. Soy rica... ¿sabe? Mándeme á su gusto... Angelita... ¡Perdóneme!... Me place más llamarla así. Si alguien le riñe ó amenaza, llámenos... Poli es valiente... y yo tengo las uñitas ociosas... ¿sabe? Mándeme como guste...

SOR AN. Gracias.

GER. ¡Ahí viene!... Hasta luego. (Mutis izquierda.)

SOR AN. Ahi viene.. Miraré al cielo para que Dios me inspire si me dirije la palabra. (Mira foro.)

## ESCENA VII

SOR ANGELA; por la derecha la HERMANA MARÍA

H. MAR. (Segundo derecha.) Ya se fué la marisabidilla esa... Así, solita, está mejor que mal acompañada. (Pausa.) ¿De espaldas á mi otra vez? (Sentandose.) Bueno. (Llama.) Sor Angela. (Pausa.) Sor Angela. (Levantándose y yendo á ella impaciente.) ¿Qué mira usted hacia allá con tanta insistencia, querida Sor Angela?

SOR AN. (Digno; enjugándose los ojos.) Miro al mar, Hermana María.

H. MAR. Qué afán por estar siempre inclinada sobre esa baranda, que de cuándo en cuándo, casi se sumerge en el agua. Me parece que se va usted á caer. (Se sienta.)

SOR AN. Por mucho que la borda entre en el agua, no puede ocurrir otra cosa sino que el mar, agradeciendo á Dios nuestra visita, me bese los piés respetuoso.

H. MAR. Mirando así al agua, suelen acometer vértigos .. deseos de lanzarse... He oido decir muchas veces, que el mar, como los precipicios de la tierra, atrae.

SOR AN. Los que no tienen grandeza de alma para adorar al Creador, contemplando tranquilos la magnitud de su obra: los espíritus apocados, pusilánimes: los que temen que Dios los vea sobre el mundo, son, según yo, los que se asustan de mirar al mar; á los que horroriza, que un poco de esa espuma blanca, sonrisa del Océano, humedezca sus pies.

H. MAR. (Interrumpiéndola.) Yo no soy pobre de espíritu y sin embargo...

SOR AN. Déjeme usted ver el mar, Hermana María... Yo no le temo, le admiro. Quisiera poder acariciarle, besarle á cada momento, como él me besa para testimoniarme su afec-

to. Es amigo mío. Ni una sola vez, de las que lo he cruzado, ha sido cruel para mi... Déjeme usted ver el mar... no quiera formar parte, dentro de mi criterio, de los temerosos, de los pusilánimes, de los apocados de espíritu, Hermana María...

H. MAR. No sé que distracción puede usted encontrar viendo todos los días, y todas las noches, y á todas horas lo mismo: agua y más agua, cielo y más cielo.

SOR AN. En el convento veo también siempre, las mismas paredes blancas, las mismas plantas verdes en los mismos sitios, la misma iglesia obscura, el mismo crucifijo ó la misma imagen de santo, inexpresiva, rígida, silenciosa, como todo lo de allí...

H. MAR. ¡Sor Angela, por la Virgen!..

SOR AN. Yo pecaría gravemente, si dijera á alguien que me aburría en una casa de Dios, hecha de ladrillo por un deseo de enterrarse en vida; usted dice que no le distraen los cimientos de la Gloria, hechos por el mismo Dios, de cielo y de luz, para que le miremos siempre... y... no peca. Así es todo en el mundo.

H. MAR. Usted no quiso nunca bien al convento.

SOR AN. Si la Fe y la Esperanza, no suplieran en el convento, las faltas que se notan en su recinto, habría para morirse, solo al pensar en poner allí los piés.

H. MAR. ¿Ya volvemos á lo de ayer, Sor Angela?

SOR AN. Hago á usted unas sencillas observaciones que no ofenden en lo más mínimo á nada ni á nadie.

H. MAR. ¡Inspiradas por... Satán... sin duda! (Se santigua. Pausa.)

SOR AN Mire usted un momento hacia allá, Hermana María y dígame que ve.

H. MAR. ¿A ver? Los mismos pajarracos que hace unos días venimos viendo.

SOR AN. ¡Usted los llama así; yo los llamo... ráfagas de vida que pasan veloces, empujadas por la ilusión de alcanzarse!... ¡Aves marinas, que en un momento dado se unen, para entonar

su más grandioso canto al Ser Supremo que las dió alientos para amar!...

H. MAR. ¿Se están peleando?...

SOR AN. Están... confesándose silenciosas un amor, que debe ser santo, puesto que deDios proviene, pero que ni usted ni yo podemos explicarnos, porque aunque nacidas para amar por ley divina... alguien... se creyó con derecho indiscutible sobre nuestras voluntades, y sin consultarnos...

H. MAR. (Más fuerte.) ¡Sor Angela!

SOR AN. Mírelas usted. Los que lo entienden, dicen que así deben amarse las criaturas.

H. MAR. (Horrorizada.) ¡Jesús, María y José!

SOR AN. ¡Quién pudiera amar como las gaviotas!...

H. MAR. (Más.) ¡¡Horror, blasfemia!! ¡Santa Ursula bendita, ruega por nosotras!...

SOR AN. Que no ruegue, Hermana María. Amar la vida no es pecado. ¡Quién sabe si Santa Ursula sería más santa de lo que es, si hubiera podido amar como las gaviotas!

H. MAR. ¡Calle usted le digo!

SOR AN. ¡Ay, Hermana María, qué cuenta tan terrible tendrán que dar á Dios, los que hacen presión en las conciencias!

H. MAR. Ah, ¿no me hace caso?

SOR AN. No, no vaya á llamar á don Manuel, creída de que va á infundirme temor. Me da... repugnancia... Casado con una anciana por interés... ejerciendo cerca de mí el oficio de carceleros... por lo que pueda convenirles!... No lo llame usted... me excitaría más...

H. MAR. Le ruego que no siga hablando así.

SOR AN. Volveré á mirar al mar... No tengo otro remedio. (Pausa.)

H. MAR. Hoy no hemos rezado ninguna hora.

SOR AN. Las rezaremos otro día.

H. MAR. Así lo diré á la superiora.

SOR AN. Rece, rece ó duerma tranquila, como de costumbre. No volveré á molestarla. (Mira al mar.)

H. MAR. ¡Gracias á Dios! Ya que no quiere usted rezar, rezaré yo sola... Buena falta nos hace. (Se santigua, abre el libro y reza bajo.)

## ESCENA VIII

DICHAS, MANUEL y POLI por la derecha

POLI (Por la derecha con Manuel.) Quince, quince plaquitas he impresionado hoy.

MAN. Tendrán que ver las quince.

POLI Una especialmente es maravillosa, inverosímil. He sorprendido con mi objetivo á tres delfines, celebrando una conferencia sobre el mar. Se les ve toda la cabeza.

MAN. Debe ser muy curiosa.

POLI Acompáñeme y la revelo en seguida.

MAN. ¿Dónde revela usted?

POLI En mi camarote. Poseo una cámara obscura de mi invención que es un verdadero prodigio.

H. MAR. (Aparte.) Ya está Morfeo dando su paseíto acostumbrado por mis pestañas.

POLI (A Manuel por Angela.) ¡Sts... mire usted aquello!

MAN. Ya lo he visto, Sor Angela.

POLI La hembra más hermosa que nació de madre. Mire usted aquello. (Por María.) ¡Una luciérnaga! El bicho más horrible que nació de madre... La otra tarde la oí roncar y me pareció el pito de á bordo pidiendo práctico.

MAN. ¿Revelamos la placa de los delfines?

POLI (Sin dejar de mirar á Angela.) Como usted guste.

MAN. Ande.

POLI Estoy admirando esa perfección de líneas. ¡Qué esposas tiene el Señor!...

MAN. Muy distintas de las de los mortales

POLI Solo por ver esas figuritas durante una eternidad, se debe ser bueno en la tierra para conseguir el cielo. Vamos, don Manolito, vamos á revelar la placa de los delfines conferenciando. (Mutis izquierda.)

MAN. (Por María) Esa mujer si no duerme ya, le falta poco. Voy creyendo que tiene razón Dolores. Vigilaré. (Mutis izquierda.)

## ESCENA IX

ANGELA y MARÍA. A poco ALFREDO izquierda

H. MAR. (Santiguándose y casi sin poder hablar de sueño.) ...et Espiritu... Sancto... Sicut... erat... in principio... et nunc et semper... et in secula... seculorum... Amén. (Queda dormida.)

SOR AN. (Que habrá paseado hasta el fondo derecha, volviendo.) Pobre.. Ya estás en el mejor de los mundos, ya duermes. Dormir... tu mayor delicia... ¡pero pegada á mis faldas!... (Pausa.) Quién pudiera lograr ese sueño de... cosa, rezando *Tertia* ó *Nona*... ¡Te envidio!.. Por no tener voluntad propia, eres más feliz que yo... Gozas obedeciendo como un autómata... ó mortificando á los que tienen que obedecerte.. (Pausa. Se sienta.) Estoy rendida. (Pausa.) ¿Qué daño he hecho en el mundo para vivir así?... ¿Por qué, como otros, no he de disfrutar una existencia real, de persona, de lucha por el premio en la otra vida, como la tuvieron los verdaderos santos?... (Llora. Pausa.)

ALF. (Que habrá aparecido momentos antes segunda izquierda.) Llorando, como de costumbre...

SOR AN. Padre de mi alma... ¿por qué no vives?...

ALF. (Aparte.) Pobrecita... (Adelanta.)

SOR AN. (Viéndolo.) ¡Ah, don Alfredo!...

ALF. Está usted triste, apenada...

SOR AN. Si los marinos llaman tristeza ó pena á algo que... puede hacer llorar á una mujer, sí, estoy triste...

ALF. Siempre lo mismo, Sor Angela.

SOR AN. ¡Qué he de hacerle!... Pero esto no es nada, amigo mío. Un recuerdo de otro tiempo cruzó por mi imaginación, haciéndome ver junto á mí, á mi padre cariñoso que me abrazaba... ¡Ya pasó!... No se preocupe usted por mi tristeza...

ALF. Siento haber sido causa de que se hayan bo-

rrado momentáneamente de su pensamiento esas sombras tan queridas para usted.

SOR AN. De haber sido otra persona, no tendría ahora el gusto de ver delante de mí á mi mejor, á mi único amigo.

ALF. Gracias. (Por María.) ¿Duerme?

SOR AN. Cumple su misión.

ALF ¿No tiene otra en el mundo?

SOR AN. Pudo tenerla, pero. . se conformó con vivir como el perro amaestrado. Sigue á quien le manda su amo y si tiene sueño duerme vigilando... Se lo advierto... Tal vez no esté tan dormida como parece...

ALF. ¡Sentiría por ella que despertara ahora!

SOR AN. Siéntalo usted por mí, amigo mío... y recuerde que puede oirle...

ALF En ese caso... (Inicia el mutis izquierda.)

SOR AN. ¿Se retira usted? (Pausa.)

ALF. Otras veces cuando hemos hablado, la Hermana María, dormía profundamente. ¿Quién nos asegura que ese sueño no es verdad...? (Pausa.) Permítame que la acompañe un rato... Yo tampoco estoy muy contento... Ayer se lo decia, cuando recordábamos el primer viaje que hizo usted con nosotros.

SOR AN. Es verdad.

ALF. Fué aquel un viaje hermoso. No se me olvidará nunca.

SOR AN. A mí tampoco.

ALF. ¿Cuántas veces ha cruzado usted el mar?

SOR AN. Con esta, cuatro, y siempre en el mismo banco.

ALF. Parece casualidad... (Algo apasionado.)

SOR AN. Cierto.

ALF Casualidad que yo bendigo.

SOR AN. ¿De veras?

ALF. ¡Oh, sí! (Pausa. Transición.) ¿Le gusta á usted la vida a bordo?

SOR AN. Si por algo siento llegar á España, es por tener que desembarcar.

ALF. Ahora ha estado usted en América, año y pico.

SOR AN. Sí, señor, año y medio.

ALF. (Muy bajo, reconcentrado.) ¿Castigada...?

SOR AN. ¿Cómo usted sabe...?

ALF. (Idem.) Castigada en un convento de la misma congregación, por el delito de...

SOR AN. ¿Sabe usted el motivo...?

ALF. Por el delito de decir francamente que usted, por su gusto, nunca hubiera sido religiosa.

SOR AN. ¡Quién ha podido decir...!

ALF. A bordo es muy fácil oir lo que se habla en los camarotes. Desde entonces he seguido su vida paso á paso. ¿Cómo...? Nadie ha de saberlo. Estoy convencido de que no es usted religiosa por vocación.. Ese convencimiento me ha hecho pensar muchas veces, lo triste que será su vida, teniendo que sufrir á todas horas la imposición brutal de la voluntad de otro.

SOR AN. Oh... triste, sí, muy triste, Alfredo.

ALF. Sé que está usted sola en el mundo.

SOR AN. ¡Sí; muy sola!

ALF. Precisamente por eso, admiro cada día más, la fuerza de voluntad, que necesita para imponerse el sacrificio de obedecer á quien no puede, ni debe, obligarla á torcer sus inclinaciones. A mí también quisieron hacerme religioso. Cuando no me apercibía de lo que se pretendía hacer conmigo, callé, dije que *sí*, y hasta me alegraba vestir el hábito de novicio. Un día... se reveló en mí . el *hombre*... me asustó el porvenir... y decidí abandonar el colegio. A las pocas horas, dejé de ser aspirante á fraile para convertirme en hombre solamente. Hoy me alegro mucho, Sor Angela. Creo que Dios así me quiere más.

SOR AN. Sin duda alguna. Pero usted es hombre, cuenta con las energías que su cualidad de varón le proporciona. Los hombres, aunque solos, pueden acometer por sí mismos, todas las empresas. Si saltan la tapia del colegio, cuando son novicios, para huir, á lo sumo les llaman revoltosos. A una mujer, monja profesa, que escala una pared de noche, ó abre la puerta de un jardín para escapar, le llaman algo que la hiere en lo mas profundo de su alma. ¡Le llaman...! ¡mala...!

y yo oigo decir á cada momento que á las religiosas que dejan asi el claustro, nadie las quiere, por llevar encima una mancha de oprobio. Esa misma mujer, (Por María.) asegura el que mundo maldice á las que abandonan las casas de las elegidas del Señor.

ALF. A mí me quieren todos mis amigos, y yo soy uno de esos á quien, según la Hermana María, nadie debía mirar.

SOR AN. ¿Y es usted feliz?

ALF. Mucho. Mi vida es tranquila, hermosa. Miro al cielo con la serenidad del justo, sin temer sus iras.

SOR AN. ¡Oh, qué dicha!

ALF. Mis sueños son tranquilos, mis deseos castos, de hombre. Hoy puedo ejercer á mi gusto el derecho de elegir esposa; de amar á una mujer sin desdoro para mi uniforme. ¡Hoy soy como Dios quiere que sea...! No haga usted caso de patrañas, Sor Angela. (Por María.) Esa pobre mujer, no tiene motivos para saber cómo miran las gentes honradas en el mundo á las mujeres de veras.

SOR AN. Siempre, siempre he creído...

ALF. (Interrumpiéndola) No le haga usted caso. Si tine usted ansias de otra vida mejor, de amar á un hombre sin que nadie la castigue por decir que quiere amar, ¡ame en hora buena..! Dios no se opone á ello... Pero antes cámbiese de traje: ese, impide á la mujer cumplir uno de los más santos preceptos en la tierra. ¡Vestida así, es usted el contrasentido de sí misma; le llaman *madre* y no tiene la dicha de saber besar á un hijo...!

SOR AN. ¿Usted ama...?

ALF. Como usted; con la única diferencia de que yo puedo vanagloriarme de mi amor... y usted no puede decir á nadie lo que siente en su alma sin exponerse á ser tildada de mala religiosa.

SOR AN. Hábleme usted de su amor, Alfredo... Jamás oí á nadie hablar así... y necesito saturarme... de... eso... que usted dice.. para

definir algo que aquí ruge de continuo con fragor de tormenta. ¡Hábleme usted de su amor ..! Me hace falta... Será un pecado muy grande el que ahora cometo... ¡Hágase cuenta que es la mujer adorada la que se lo ruega... Dígame, Alfredo; ¿qué siente usted por la mujer querida?

ALF. Contésteme antes á una pregunta. Si esa mujer fuera religiosa y yo hubiera puesto en ella los ojos sin hacérselo saber antes, ¿creería usted que yo pecaba mortalmente?

SOR AN. Nunca: creería que hacía usted bien. No somos culpables los que amamos del pecado de amar. Yo estoy en el caso de usted, pero al contrario. Amo á un hombre y no me avergüenzo de ello. ¡Yo peco mortalmente, tengo la evidencia de condenarme por amor, y aun así me enorgullece mi pecado! ¡Amo, Alfredo... amo mucho! ¡Qué feliz soy al decirlo sin que quien me escucha se horrorice!

ALF. ¡Quien la escucha es también feliz oyéndola!

SOR AN. ¿De veras?

ALF. ¡Mucho, Sor Angela... alma mía! (Cogiéndola una mano,)

SOR AN. (Temerosa.) ¡Pueden oirnos!

ALF. Dios nos mira desde el cielo y cuando nos permite hablar así á solas, es que le agrada escucharnos. ¡Yo te quiero, Sor Angela! Te quise siempre, desde el día que nos vimos por primera vez. Tu vida y tus sufrimientos los compartí contigo sin tú saberlo. Lo que más me mortificaba era pensar que este momento no llegaría nunca; que las palabras «¡te quiero!» no iban á sonar en tus oídos dichas por mi boca.

SOR AN. ¡Alfredo, por Dios!

ALF. No temas á mi lado.

SOR AN. ¡Chist... calla!

ALF. ¿Te desagrada oirme?

SOR AN. ¡Habla bajo, muy bajito, que nadie lo oiga! ¡Habla quedo, y así, el lenguaje del alma, para que la mía empiece á gozar las primeras alegrías de mi vida.

ALF. ¿Me quieres, Angela?

SOR AN. Mírame á los ojos: lloran como los de los niños, cuando al abrirlos por primera vez, les hiere la retina un rayo de luz hermosa! Esas lágrimas subieron hasta ahí, por asomarse á verte.

ALF. (Se inclina para besarla.) Gracias. (Y no la besa por impedirlo el grito de Dolores que aparece por la izquierda.)

## ESCENA X

DICHOS; DOLORES por la izquierda; un MARINERO por la derecha

DOL. (Viéndolos al aparecer y aterrada.) ¡Oh, sacrilegio! ¡Profanación!...

SOR AN. ¡Jesús! (Tapándose la cara se retira hacia la derecha.)

ALF. ¡Maldita sea!

DOL. (Imponente.) ¡Ha puesto usted la mano encima á una persona consagrada á Dios!

ALF. (Digno.) Señora mía...

DOL. ¡Ese es el modo, señora religiosa, de hacer respetar sus vestiduras santas!

SOR AN. (Suplicante.) ¡Oh, doña Dolores!...

DOL. ¿Y la hermana María? ¡Ah, dormida!... (Zarandeándola furiosa.) ¡¡Arriba, descuidada!!

MAR. (Por la derecha. Aparte.) ¿Por qué chilla ésta?

H. MAR. (Despertando asustada.) ¡Qué... qué pasa!... ¡Qué es esto!... ¡Ah! (Aterrada.) ¡¡Doña Dolores!!

DOL. ¡Cómo cumple usted con su deber!

H. MAR. (Idem.) ¡Yo!...

DOL. ¡Mi marido, dónde está el imbécil de mi marido!

MAR. ¡Oh, no sé!

ALF. (Digno.) Permítame que le indique que á bordo no se puede gritar.

DOL. ¡Lo que hace falta á bordo, señor mío, es tener más vergüenza!

ALF. (Al Marinero. Autoritario.) ¡Rebenque, llama al Capitán!

MAR. Ahí llega, mi primero.

## ESCENA ULTIMA

DICHOS, el CAPITAN y el CONTRAMAESTRE por la izquierda. A poco MANUEL y POLI por la izquierda. Después, por el mismo sitio, PASCUAL y GERTRUDIS

CAP. (Digno y enérgico siempre; hombre de indiscutible autoridad a bordo.) ¡Qué es esto, don Alfredo!

DOL. (En la misma tessitura que cuando apareció y siempre en crescendo.) ¡Sor Angela, á mi camarote!

CAP. (Deteniendo con el gesto á Ángela. A Dolores.) Perdone usted, señora.

DOL. ¡Aquí he dicho, Sor Angela!

CAP. (A Manuel, que aparece asombrado por la izquierda con Poli.) Ruego á usted que mande callar á su señora.

MAN. (A Dolores.) ¡Dolores!...

POLI ¡Ole los capitancitos!

CAP. ¡Espero que hable usted, señor oficial!

ALF. Capitán... Sor Angela y yo nos queremos hace tiempo. Por falta de ocasión no habíamos podido decírnoslo hasta ahora. Hablábamos de esto sobre cubierta cuando llegó esa señora y se ha puesto á dar gritos.

DOL. (A quien Manuel sujeta difícilmente.) ¡Insolente!

CAP. (Clava la vista un momento en Dolores y ésta retrocede.—A Alfredo.) Pase usted á su camarote has- nueva orden.

ALF. A la orden de usted, Capitán. (Mutis izquierda.)

DOL. ¡Sor Angela, abajo!

CAP. Ruego á usted que se calme y no insista. Sor Angela desde este momento queda bajo mi custodia, y ni usted ni nadie, empezando por la señora, (María, que hace un remilgo.) pueden acercarse á ella, mientras esté á bordo.

DOL. ¡Sor Angela va en primera desde ahora mismo, porque yo abono lo que sea, eso es!

MAN. ¡Quitárnosla, no!

POLI (Que habrá hecho prodigios por enfocar á doña Dolores.) ¡Al fin! ¡He retratado un basilisco en alta mar!

DOL. ¡Infames!

CAP. (Vivo.) ¡Pepe!

CONT. (Descubierto.) ¡Capitán!

CAP. Si esa señora vuelve á insultar á alguien, enciérrala en la bodega.

PAS. (A Gertrudis.) ¡Pobre bodega!

MAN. (Destemplado.) Advierto á usted, señor mío, que no está en sus atribuciones faltar al respeto á los pasajeros!

CAP. ¡Si da usted un solo paso más le levanto la tapa de los sesos!

PAS. (A Gertrudis.) No será verdad tanta belleza.

POLI (Aparte.) ¡Ja, ja, ja!

SOR AN. (Suplicante.) ¡Oh, por Dios, Capitán! (Anochece.)

DOL. ¡Usted es responsable de cuanto ocurre!

MAN. ¡Explicará usted su conducta en el lugar debido!

CAP. ¡Contramaestre, á despejar cubierta! (Pascual, Gertrudis y Poli huyen como centellas por la izquierda. Angela marca el mutis por la derecha.) Usted, no, hija mía. (La coge de la mano.)

DOL. (Frenética.) ¡¡Tocarla, no!! ¡Su persona es sagrada!

CAP. (Amparandola.) Más sagrada debía parecer á ustedes su alma y pretenden mancharla de cieno.

SOR AN. ¡Oh, padre mío!

CONT. ¡Fuera han dicho!

DOL. ¡Esto le pesa á usted, como me llamo Dolores!

CAP. (Vivo.) ¡¡Fuera!!

(Manuel y Dolores hacen mutis por la izquierda despavoridos.)

SOR AN. ¡Por Dios, no castigue usted á Alfredo!

CAP. (Transición.) ¿Te ha faltado?

SOR AN. No, señor.

CAP ¿Le quieres?

SOR AN. Sí, señor, le quiero.

MAR. (Dando una voz.) ¡¡Tierra á la vista!! (Mutis.)

SOR AN. ¡Tierra! ¡Tierra bendita! (Transición.) ¡Capitán, por lo que más quiera en el mundo le pido que al llegar no me entregue usted á esas gentes.

CAP No debía ponerme de tu parte porque me

quitas á Alfredo... pero, no temas... Solicitaremos un permiso del Papa que te exima de tus votos. El Padre Santo es muy bueno y yo tengo medios suficientes para llegar á él. De modo que, tranquilízate, serás esposa de Alfredo.

SOR AN. ¡Gracias!

CAP. Mira hacia aquella parte del horizonte... Aquello que parece una nubecilla, es tierra. Poco te queda ya.

SOR AN. ¡La tierra mía! La que no he visto desde que tengo uso de razón, porque estuve siempre encerrada. Gracias á usted podré verla. La recorreré toda con Alfredo. Allí están las cenizas de mis padres. Ese será el primer lugar que visite, ahora que puedo decir sin miedo á nada ni á nadie que regreso á la vida.

(Y despacio, mientras cae el telón lento, hacen mutis por el fondo izquierda.)

FIN

Madrid, 23-12-908.

## Obras del mismo autor

---

*La ventana del jazmín*, zarzuela en un acto.
*Perla del mar*, zarzuela en un acto.
*Golfos*, entremés en prosa.
*Divino arte*, boceto de comedia.
¡*Por chiripa...*!, entremés en prosa.
*Cosas de viejos*, diálogo en prosa.

Precio: UNA peseta